

que, en palabras de Carmen Portaceli –directora del Español–, «la gente asocia con un partido y no a la ideología, como es el caso». Un texto de denuncia que ayuda a mantener aquello que pasa efímero por los titulares porque se pone en boga en un determinado momento: «Con el problema checheño ocurre como con tantas otras cosas, un día te levantas y descubres que existe un país que se llama así. Está unas semanas en primer plano y, después, deja de interesar. Pero en este caso, todo continúa igual y no han dejado de ocurrir tragedias. Los rusos siguen con una guerra subterránea y Putin continúa mandando», concluye Lluís Pasqual.

- **DÓNDE:** Teatro Español (Sala Margarita Xirgu). Madrid.
- **CUÁNDO:** hasta el 26 de febrero.
- **CUÁNTO:** 18 euros.

ANNA MAGNANI LE ABRE SU CASA

Arantxa de Juan recrea en su apartamento madrileño las últimas horas de la actriz italiana

J. HERRERO - Madrid

Tennessee Williams dijo que nunca había visto «una mujer más hermosa, de ojos tan grandes y con la piel como el jabón Devonshire». Hablaba de su amiga Anna Magnani (Roma, 1908-1973). Pero «Nannarella» era mucho más; no sólo un físico impulsado por su vocación actoral. Rompió cánones como la primera, y única por entonces, feminista en la historia del cine que denunció la diferencia salarial de género. Batalla que libró en los años 50 contra los productores de Hollywood y en la que exigió la equiparación de su paga con la de Marlon Brando. Una vida de lucha constante –ya recién nacida, su madre, soltera, la dejó en manos de su abuela y sus tías– que forjó a una mujer gobernada por su ímpetu.

Fuerza que llamó la atención de Arantxa de Juan para adentrarse en su vida en «Magnani abierta», que ella misma escribe, dirige e interpreta y en la que aborda la última hora que pasó la «Édith Piaf italiana» en su casa del centro de Roma. De ahí haría un viaje sin vuelta al hospital. Su muerte desató una ola de honores sólo apta para Papas... y la Magnani. Porque

ella fue «una intelectual vestida de mujer de pueblo y comprometida con su tiempo, que es una actitud más cómoda que la de llevar tacones», define la actriz y realizadora. Igual que se juntó con el citado Tennessee Williams y otros pensadores italianos de mediados del XX lo hizo con las clases más bajas de su barrio, de tenderos a prostitutas. Ni ser la primera intérprete italiana en levantar un Oscar le quitó el sueño. De hecho, «no acudió a la gala por irse de fiesta con sus amigos; hasta que, a las horas, supo que había ganado la estatuilla a Mejor Actriz por “La rosa tatuada” (1955), de Daniel Mann –basada en la obra de Williams–», cuenta De Juan.

▶ TRAGEDIA ASUMIDA

Un destello de luz en una vida trágica «que asumí bajo la máxima de que no se puede tener todo», explica: su matrimonio con Alessandrini terminó en abandono, y su romance con Rossellini en un cambio por Ingrid Bergman. Además, su hijo Luca, que todavía vive, contrajo la polio a lo 18 meses y ella tuvo que trabajar de más para costear los tratamientos... Antes, cabarets y clubes de segunda ya la habían visto actuar antes de la eclosión de una actriz que



Arantxa de Juan abre las puertas de su casa para interpretar a Magnani

caló en el cine y que ahora recupera Arantxa de Juan abriendo las puertas de su propia casa –20 personas por función– para, acompañada de una enfermera –Virginia Lázaro–, repasar su intensa vida, reflexionar sobre sus experiencias y reivindicar lo que la Magnani siempre batalló y lo que le creó tantos amigos como enemigos: decir la verdad. «La obra es una reivindicación de

muchas cosas más, del ser auténtico, de defender en lo que crees, de no dejarte pisar por las traiciones, de permanecer en una línea de ética y de vivir intensamente», cierra De Juan.

- **DÓNDE:** Calle del Desengaño, 22. 4ªA. Madrid. • **CUÁNDO:** hasta el 30 de marzo (jueves y sábados). • **CUÁNTO:** 15 euros.

Autor: Caron de Beaumarchais.
Director: Lluís Homar. **Intérpretes:** Marcel Borràs, Manel Barceló, Mónica López, Joan Carreras, Aina Sánchez, Victòria Pagés... Teatro de la Comedia. Madrid. Hasta el 26 de febrero.

Para celebrar el 40 cumpleaños del Teatre Lliure, se ha levantado de nuevo, en coproducción con la Compañía Nacional de Teatro Clásico, este montaje que ya dirigiera para la institución catalana Fabià Puigserver con enorme éxito y a cuyo frente ahora se coloca Lluís Homar, que a la sazón interpretó el papel de Fígaro. Aquello de que los códigos de la representación teatral cambian permanentemente, y evolucionan con los tiempos, no puede ser más cierto; y, a pesar de que se haya intentado refrescar desde el punto de vista interpretativo tanto la peripecia cómica como el mensaje más profundo de

«LAS BODAS DE FÍGARO» ★★

Avejentado Beaumarchais

Beaumarchais, lo cierto es que el resultado de esta revisión se plasma ahora sobre el escenario con un ritmo lentificado hasta el aburrimiento y con un excesivo desarrollo dramático de las situaciones de enredo, con las cuales el espectador a día de hoy ya está demasiado familiarizado y cuyo desenlace puede prever

LO MEJOR

Las actrices resuelven bien su papeleta y aportan algo de frescura a la función

LO PEOR

El montaje, de dos horas y cuarenta minutos de duración, pide a gritos meter la tijera

casi desde su inicio. No obstante, algunos de los actores, especialmente las actrices, logran sacudir el polvo del avejentado marco conceptual, escenográfico y de vestuario que las constriñe, y dan a la historia cierto vigor escénico, así como un halo de comicidad más acorde con los tiempos. Destacan Aina Sánchez, que enriquece con agradecida jovialidad a la ya de por sí pizpireta Susana; Mónica López, siempre impecable, en el papel esta vez de la condesa Almaviva; y Victòria Pagés, que hace un alarde de versatilidad con el personaje de Marcelina, girándolo adecuadamente al drama, con credibilidad y contundencia, cuando así lo exige el texto. Junto

a ellas, Joan Carreras brilla por encima del elenco masculino en su composición del conde de Almaviva, al que concede un conveniente ápice de ternura en su errático propósito de hacer valer sus privilegios como hombre y como noble para seducir a Susana y organizar a su antojo el casamiento de sus criados. En el dilatado entramado cómico suenan con poco fuste, por otra parte, algunas de las consideraciones ideológicas que Beaumarchais vertió sobre sus personajes, como ocurre en el conocido monólogo de Fígaro –bastante plano en este montaje– de la escena tercera del acto V, en el que el autor francés supo describir con gran belleza literaria las injusticias e desigualdades de la sociedad prerrevolucionaria en la que se enmarca la obra.

Raúl LOSÁNEZ